

La fábrica en que se armaba la maksurah propiamente dicha formaba en su planta un gran rectángulo partido en tres, casi cuadrados, sobre los cuales se levantaban tres domos bizantinos de peregrina esbeltez. El domo de enmedio servía como de vestíbulo al santuario, y era de los tres el más sorprendente por sus proporciones, perfiles y decoración. ¿A qué deciros lo que era? Esta parte de la mezquita se conserva en lo principal; mejor pues os referiré lo que todavía es para asombro y mengua del arte moderno.

Figuraos un recinto donde la solidez de la construcción, las dificultades más grandes del arte y los cálculos de la ciencia, se hallan tan admirablemente disfrazados, que el conjunto que se ofrece á la vista aparece como una concepción fantástica que no puede subsistir. Nueve siglos de existencia tiene ya, sin embargo, esta especie de creación poética, que más que una construcción de piedras, mármoles y mosaicos, columnas, arcos, impostas, zócalo y cúpula, se creería una morada encantada, aérea é impalpable, labrada por las hadas del Oriente; y no hay el menor indicio de que tan maravillosa fábrica no pueda durar aún otros nueve siglos en igual estado. Estriba toda la mole en una especie de cámara claustrada con una tan sutil arquería, que las columnas parecen las varas del pabellón de una princesa tártara, y los arcos inferiores que de unas á otras voltean, festones de recamadas cintas, primero apretadamente arrolladas, flojas luégo y dispuestas en forma de aspa, entregadas á sus naturales ondulaciones, sólo prendidas por las extremidades. Digna hubiera sido esta decoración del vestíbulo del palacio de Malek Johanna en Susa aun para el día de boda de una de sus hijas (1). Sobre los arcos de festones, ó propiamente

---

(1) Malek Johanna llamaban los árabes al famoso preste Juan de las Indias, rey mongol nestoriano, llamado por los de su nación Ung khan ó Avenk khan, cuya carta, verdadera ó apócrifa, al emperador griego Alejo Comneno, patentiza por lo menos la creencia de los orientales en el poder y supremacía de la raza tártara. Esta célebre carta concluye con una sucinta descripción de su palacio de

hablando *angrelados*, que se cortan como queda dicho formando un aspa dentro de cada intercolumnio, se elevan siete graciosos y leves arcos de herradura, que muriendo en el muro de mediodía, cierran el cuadro y terminan el cuerpo bajo del suntuoso vestíbulo que describo. Encima de esta doble arquería, en que las esbeltas columnillas superiores se representan como lindos y ágiles mancebos circasianos encaramados en hombros de esclavos indios con las ballestas levantadas, corre una imposta, labrada y ligera, que abraza y corona los cuatro frentes y divide la fábrica de la cúpula en dos zonas, alta y baja, ésta cuadrangular, aquella de distinta forma, según vas á ver. Sobre esta imposta que acabo de mostrarte, descansan gráciles columnillas emparejadas, volteando grandes y atrevidos arcos semicirculares, con tal arte dispuestos, que parecen imitar sus curvas guirnalda entrelazadas de un corro de hermosas odaliscas, porque los arcos voltean, no desde cada columna á la correspondiente

Susa en estos términos: «Nuestro palacio es de ébano y madera incombustible. Hay en su techumbre á cada extremidad dos manzanas de oro, y en cada manzana dos carbunclos, para que el oro brille de día y los carbunclos luzcan de noche. Las puertas principales son de sardónica y asta mezclados para que nadie pueda introducir por ellas veneno, y las menores son de ébano. Las ventanas son de cristal, las mesas de oro y amatista, y las columnas que las sostienen de marfil. El apartamiento en que dormimos es una obra maravillosa de plata y oro y piedras preciosas de todas especies. En su interior está humeando siempre el incienso. Nuestro lecho es de zafiro. Tenemos las más hermosas mujeres (*porque aunque preste, podía como nestoriano ser casado, y aun poligamo*). Sustentamos diariamente á treinta mil personas, además de muchos huéspedes forasteros, y todos reciben cotidianamente pensiones de nuestra cámara para mantener sus caballos y para otros menesteres. Nos sirven durante cada mes siete reyes (cada cual por su turno), sesenta y cinco duques y trescientos sesenta y cinco condes. Comen diariamente á nuestra mano derecha doce arzobispos, á nuestra izquierda veinte obispos, además del patriarca de Sto. Tomás, del protopapa de Salmas y del archiprotopapa de Susa, en cuya ciudad residé el trono de nuestra gloria y nuestro palacio imperial. Tenemos abades tantos como días hay en el año para el servicio de nuestra capilla. Nuestro despensero es un primado y rey; nuestro mayordomo es un arzobispo y rey; nuestro gentil-hombre es un obispo y rey; y nuestro cocinero mayor es un rey abad; pero Nos adoptamos una jerarquía inferior y un nombre más modesto para probar nuestra grande humildad.» Á tanta gala y magnificencia quedan oscurecidas las estupendas maravillas que nos refieren D. Juan de Persia, el veneciano Marco Polo, Sir John Mendeville y otros viajeros; pero en los límites de lo real y verdadero, ¿cuántos edificios podrán citarse que sostengan el parangón con el magnífico Mihrab de Córdoba?

de la pareja inmediata, sino dejando la pareja inmediata en claro: de este modo, siendo dos las parejas de columnillas que estriban en la imposta en cada frente, se forman en el espacio ocho arcos torales, en dos grandes cuadriláteros contrapuestos, sus arranques se cruzan formando ocho puntas de estrellas (prosaicamente diríamos *pechinas*), y en el centro resulta un anillo octógono con ocho graciosas caídas, como prendidas á los capiteles de las ocho parejas de columnas. Entre punta y punta, un elegante arco ultrasemicircular, al cual se adapta una tabla de alabastro calada, deja á la vista paso dudoso al azul del cielo; con esto, ostentando la cúpula que sobre el octógono y sus pechinas se levanta un verdadero prodigio del arte mosaico por los dibujos y vivos esmaltes con que en ella se fingen las más preciadas estofas del Asia, el dombo bizantino reproduce á la imaginación del que absorto lo mira una ligera tienda de campaña de sedas, lino y oro, fija en tierra con ocho varas dobles colocadas en círculo, henchida por un recio viento, y como tirando para desprenderse y alzarse rápida á la región de las nubes. Parecida á ésta concibe la mente, enardecida con las maravillosas descripciones de las leyendas orientales, las tiendas de Baharam Gur y de los ostentosos reyes del Catay.

Por entre la elegante arquería que más que sostener la cúpula parece pender de ella, como penden de un chal de Persia sus entretejidos caireles, y que á los ojos experimentados de un famoso viajero del siglo XII era superior por la delicadeza de su ornato á las más exquisitas producciones del arte griego y musulmán (1), aparece al fondo la sorprendente fachada del *mihrab* (2), que cuando recibe los reflejos del sol poniente, brilla como un paño de brocado cuajado de pedrería, y que debía deslumbrar como la visión de un palacio encantado de lapislá-

(1) Edrisi, traducc. cit. de Jaubert, pág. 60.

(2) *Mihrab* y *Santuario* es todo uno: es el lugar preferente en la mezquita, que se coloca siempre en la *quibla* ó punto que se supone señalar la dirección en que se halla la Meca. Véase la lámina *El Mihrab*.

zuli, oro, carbunclos, rubíes y diamantes, cuando en el mes de Ramadhán ardían bajo aquella esmaltada media naranja las mil cuatrocientas cincuenta y cuatro luces de la lámpara mayor y el gran cirio de sesenta libras que lucía al lado del Imam (1). Esta fachada, á pesar de su imponderable riqueza, no presenta la menor confusión: todas sus líneas están trazadas para servir de ornato y realce al arco que da entrada al santuario, pues no tiene más partes que estas: el arco con su espaciosa archivolta, sus jambas lisas con columnillas entregadas en su grueso, su arrabá (2) contornado de grecas, y una ligera arquería sin vanos en la parte superior, sobre cuyo macizo descansa la imposta que divide los dos cuerpos alto y bajo del dombo (3). Pero es

(1) Había cuatro lámparas, mayores que las demás, suspendidas en la nave central: una pendía del dombo en la parte de la mezquita donde se ponía el Korán, y era de mil cuatrocientas cincuenta y cuatro tazas ó mecheros. Al lado del Imam ardía un cirio que pesaba de cincuenta á sesenta libras: lucía noche y día en el mes de Ramadhán, y estaban en él tan perfectamente combinadas las cantidades de cera y pábilo, que se consumía por completo en la última noche del citado mes.

Llegó á haber en la mezquita en tiempo de Almanzor doscientos ochenta candelabros de bronce, sin contar los que pendían en las puertas, ascendiendo según unos á siete mil cuatrocientos veinticinco, y según otros á diez mil ochocientos cinco el número total de mecheros que ardían en el templo. Todos los candelabros eran de bronce, de distintas hechuras, á excepción de tres que eran de plata. Las cuatro lámparas mayores, cada una de las cuales consumía todas las noches siete arrobas de aceite, sólo se encendían en los últimos diez días del mes de Ramadhán. Calculábase que solamente en este mes se consumían en la mezquita setecientas cincuenta arrobas de aceite. ( Véase á Al-Makkarí, t. I, lib. III, cap. 2. )

(2) Para el significado de esta y otras voces propias de la ornamentación arquitectónica, que sería muy prolijo definir, pueden consultar los lectores el curioso glosario que publicó al fin de su *Album artístico de Toledo* el laborioso anticuario D. Manuel de Assas.

(3) Esta arquería lleva esculpido el nombre del artífice que la labró, en la escocia de la basa de su séptima columnilla empezando por la derecha. Dice así la inscripción: *Obra de Bedr-Ibn-Al-Hayyan*. Para ésta y otras interpretaciones de documentos epigráficos de la mezquita de Córdoba, que no habíamos consignado, utilizamos el trabajo del Sr. Ríos, el cual ha prestado á la ciencia arqueológica un verdadero servicio con su libro, en esta parte muy recomendable y digno de elogio. En este mismo libro puede ver el lector la interpretación de una grande inscripción de dos líneas paralelas que contorna todo el arrabá del arco de entrada al mihrab ó adoratorio, en la cual, á pesar de las mutilaciones que sufrió al ser restaurada á principios de este siglo, todavía se leen los nombres del califa Al-hakem y de su liberto y prefecto de su cámara, Giafar Ben Abde-r-rahmán, á quien encomendó aquel la obra del templo, bajo la inspección de Mohammad-ben-Tamíh, Ahmed-ben-Nassr, Jayd-ben-Haxím, y otros.

tal la profusión y galanura del ornato de cada una de estas partes, que hay que renunciar á pintarla con la pluma. ¡Qué dovellas, qué archivolta, qué enjutas, qué tableros, qué recuadros, que arquería trebolada, qué tímpanos, qué entrepaños! Y después, ¡qué deliciosa combinación de las grecas con los follajes persas y bizantinos, y con las figuras geométricas! No son estas últimas, sin embargo, las que más campean, como sucede luégo en la degenerada ornamentación propiamente musulmana; lo principal ahora son las grecas, más ó menos sencillas, unas de garbosos vástagos con sus hojas formando postas, otras de caprichosas ajaracas en que los tróncos y las folias, la palmeta griega y el loto asirio, el lirio y el tulipán, las piñas, las flores de ojos y los contarios, se combinan de mil diversos modos, trazando siempre los tallos y las hojas las más graciosas curvas, y el todo reunido las más elegantes cenefas, la más caprichosa tracería. Añádase que esta ornamentación está toda ejecutada sobre mármol delicadamente esculpido, ya desnudo y blanco, ya revestido de menudísimo mosaico de diversos colores cuajado con vidrio y oro: que las inscripciones cúficas que se leen en ella alternando con el luciente *sofeysafá*, son también de oro sobre fondo encarnado ó azul ultramarino; finalmente, que las columnillas de los dos cuerpos alto y bajo son de mármol con los capiteles dorados; y si además tenéis á la vista el dibujo de este bellissimo vestíbulo, os podréis formar una leve idea de la creación más maravillosa que existe del arte árabe-bizantino, y del arrobo que produce en el alma del que en su original la contempla.

En el grueso de cada jamba del arco de entrada al santuario hay dos columnillas, una de mármol negro y otra de jaspe, con capiteles de mármol blanco prolijamente esculpidos. Si no le engañó á Al-Makkarí su ciego entusiasmo, las cuatro columnillas eran antiguamente dos de jaspe verde y dos de lapislázuli. Sobre ellas asienta á modo de cimacio una imposta de donde arranca el arco, y en ella se lee en caracteres cúficos de oro

sobre fondo encarnado una inscripción partida en tres cenefas ó listones. Unidos ambos lados, dice así: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso: dése alabanza á Dios que nos dirigió á esto, á que no podríamos por nosotros ser dirigidos si no nos hubiera dirigido Dios, á cuyo fin vinieron á nosotros los legados de nuestro Señor con la verdad. Mandó el pontífice Al-mostanser Billah Abdallah Al-hakem, príncipe de los creyentes (favórezcale Dios), á su presidente y perfecto de su cámara Giafar ben Abde-r-rahmán (complázcase Dios en él) añadir estas dos columnas, después que lo fundamentó en el santo temor de Dios y su beneplácito. Concluyóse esta obra en el mes de Dhilhagia, año 354 (965 de J. C.).» Esta inscripción parece dar á entender que de las cuatro columnillas que hoy se ven entregadas en el grueso de las jambas que sostienen el arco de *sofeysafá*, dos fueron mandadas poner por Al-hakem, y las otras dos pertenecían al antiguo Mihrab que se había demolido para prolongar la mezquita; pero ¿quién es capaz de decir hoy si fueron las de mármol negro ó las de jaspe las que se añadieron por orden de tan magnífico Califa, ó si realmente podrían ser de lapislázuli, juzgándose este inestimable congriario digno de perpetuarse en caracteres de oro? Sólo Dios lo sabe.

El santuario es un pequeño recinto heptágono con pavimento de mármol blanco, zócalo formado por siete grandes tableros de lo mismo, arquería ornamental, y bóveda también de mármol, labrada de una sola pieza en figura de concha, orillada de una elegante moldura: Los seis lados de fábrica del heptágono, pues el séptimo lo ocupó el vacío que sirve de ingreso, están decorados con preciosos arcos trebolados sostenidos en columnillas de mármol con capiteles dorados de exquisito trabajo; y estas columnillas descansan en una cornisa bajo cuyos módulos corre una faja de caracteres dorados esculpidos en el mismo mármol de las tablas que componen el zócalo ó subasamento (1).

(1) En las inscripciones que hay dentro del mihrab ha leído el Sr. Ríos, entre

Dentro de este santuario se custodiaba el famoso mimbar de Al-hakem II, que era una especie de púlpito ó reclinatorio, al cual aseguran los historiadores árabes que no había otro en el mundo que se igualase, así por la materia de que estaba construído como por su trabajo. Era de marfil y de las maderas más preciosas, como ébano, sándalo rojo y amarillo, bakam, aloe de la India, limonero y otras; costó 35,705 dineros y 3 adirhames. Tenía nueve escalones ó gradas. Asegúrase también que estaba compuesto de treinta y seis mil piecitas de madera, unidas entre sí y realzadas con clavos de plata y oro, y con incrustaciones de piedras preciosas. Su construcción duró siete años, empleándose en él diariamente ocho artífices. Este púlpito, que por lo visto era de mosaico de madera, pedrería y metales, de gran prez, estaba reservado al Califa, y en él se depositaba también el objeto principal de la veneración de todos los musulimes de Andalucía y Almagreb (1), que era una copia del Korán que se suponía escrita por Othmán, y aun manchada con su preciosa sangre. Guardábase este ejemplar en una caja de tisú de oro sembrada de perlas y rubíes, cubierta con una funda de riquísima seda encarnada, y se ponía en un atril ó facistol de áloe con clavos de oro. Su peso era extraordinario, tanto que apenas podían entre dos hombres sostenerlo; colocábase en el mencionado púlpito para que el Imam leyese en él el

---

multitud de alabanzas é invocaciones, tomadas de las aleyas alcoránicas, otras alabanzas y leyendas encomiásticas dirigidas á Al-hakem y á su liberto el encargado de la obra, y, lo que es aún más curioso para la historia del arte, los nombres de muchos artífices empleados en aquellos preciosos trabajos de escultura ornamental: Cohem, Tharig, Nassr, Bedo, etc.

(1) El *mimbar*, que Ambrosio de Morales llama *Silla del rey Almanzor*, se conservó en la catedral de Córdoba después de la reconquista muchos siglos; cuando aquel cronista escribía sus *Antigüedades*, hacía pocos años que había sido destruído sin saberse por qué. Así han ido pereciendo una á una nuestras más preciosas antiguallas; mas ¡qué mucho que en nuestro siglo eminentemente prosáico se hayan igualmente deshecho muchos inestimables objetos del arte de la edad media, si el siglo del *renacimiento* le dió el ejemplo!

Según el citado cronista, era el mimbar una especie de carro con cuatro ruedas, y sólo tenía siete gradas.

Korán á la hora de la azala, y concluída la ceremonia se sacaba de allí y se llevaba á otro paraje, donde permanecía cuidadosamente guardado con los vasos de oro y plata destinados á la iluminación del mes de Ramadhán (1).

El paraje que según las ligeras indicaciones de Edrisí, servía de Tesoro, era una especie de capilla que hoy se levanta en sitio no muy distante del antiguo Mihrab, al norte de la actual maksurah, parte de otro espacioso y magnífico recinto que interceptaba la nave central y las dos laterales adyacentes, y donde conjeturamos que se armó la maksurah antigua por disposición de Al-hakem. De éste modo puede suponerse que quedando el cuarto más noble de la mezquita completamente cerrado al pueblo por ambos lados de norte y sur con las dos maksuras, y ocupada esta sección por los principales personajes de la corte y oficiales palatinos, no sería fácil que se cometiese ninguna irreverencia en la persona del Imam ni en el venerado Mushaf (2) cuando éste era sacado ó restituído al Tesoro por dos ministros y un tercero delante llevando un cirio encendido (3). Quedaban las dos maksuras una en frente de otra, y ambas á dos comprendían el mismo espacio, al menos en su longitud de oriente á poniente, puesto que interceptaban las tres naves del medio de las once que la mezquita tenía. Ambas maksuras ó canceles se han perdido: hoy ni siquiera podemos formarnos una idea cabal de su dibujo; lo que se conserva casi intacto de aquel tiempo es ese suntuoso recinto de tres capillas que ocupaba la maksurah de Al-hakem; y del recinto que ocupaba la maksurah antigua, que el propio Califa mandó armar, sólo existen dos capillas desfiguradas, la de la nave mayor y la de la contigua á oriente (4). Esta última se hallaba dividida en

(1) Al-Makkari, loc. cit. — Edrisí, traduc. cit., pág. 61.

(2) El libro del Korán copiado por Othmán, de que acaba de hablarse.

(3) Edrisí, loc. cit.

(4). Fundamentos que tenemos para creer que estuviere en la actual capilla de Villaviciosa y sus adyacentes la antigua maksurah que mandó armar Al-hakem.



dos partes; alta y baja, por un piso de unos cuantos piés de elevación sobre el suelo de la mezquita: en lo alto se hacía la alicama ó pregón interior para la oración, y en la parte baja, que hoy aún se conserva, en forma de covacha ó capilla subterránea, estaba el Tesoro. En la capilla del centro, hoy capilla de Villaviciosa, tenía su sitio reservado el Califa cuando no hacía de Imam, y en la de Occidente, que ya no existe (1), se veía el puesto del Cadí de la Aljama. De la decoración interior de estas tres capillas cerradas por la antigua maksurah, nada puedo, benigno lector, referirte, porque ni la soberbia sacristía de Villaviciosa, ni mucho menos la capilla de nuestra Señora de este

1.º Que Edrisí dice expresamente que al norte del *Mihrab* estaba el Tesoro, y este no podía estar más que en lo que es hoy sacristía de la capilla de Villaviciosa, en la cual realmente se advierte una especie de aposento subterráneo, cuyo destino no se explica de otra manera. 2.º Que Ebn Adzarí dice que Al-hakem mandó armar la antigua maksurah, y poner otra nueva en la quibla del nuevo edificio. No dice que se quitase la antigua al poner la nueva, antes bien parece dar á entender que las dos se colocaron en un mismo año y subsistieron simultáneamente. Por lo mismo que expresa que la nueva se armó en la quibla del edificio añadido, induce á creer que la antigua maksurah coexistía con ella, porque de lo contrario no necesitaba haber dicho dónde la mandó poner, siendo sabido que la maksurah es para cercar y aislar el recinto del *Mihrab*. 3.º Que el autor del *majmu'-l-muftarik*, copiado por Al-Makkari, incurre en el error de suponer que el que mandó construir la maksurah (esto es, la de Al-hakem) fué Almanzor, y la causa de este error se explica satisfactoriamente con el dato que nos suministra Ebn Adzarí de haber hecho Al-hakem reponer en su sitio la antigua maksurah. En efecto, habiendo una maksurah ó cercado en las capillas que caían al norte del *Mihrab*, donde hemos dicho que estaba el Tesoro, y habiéndose bajo la gobernación de Almanzor restaurado y exornado dichas capillas, nada tiene de particular que quedase memoria muy especial de esta maksurah de Almanzor, confundiéndola, mediante el transcurso de los años, con la maksurah principal, fábrica de Al-hakem.

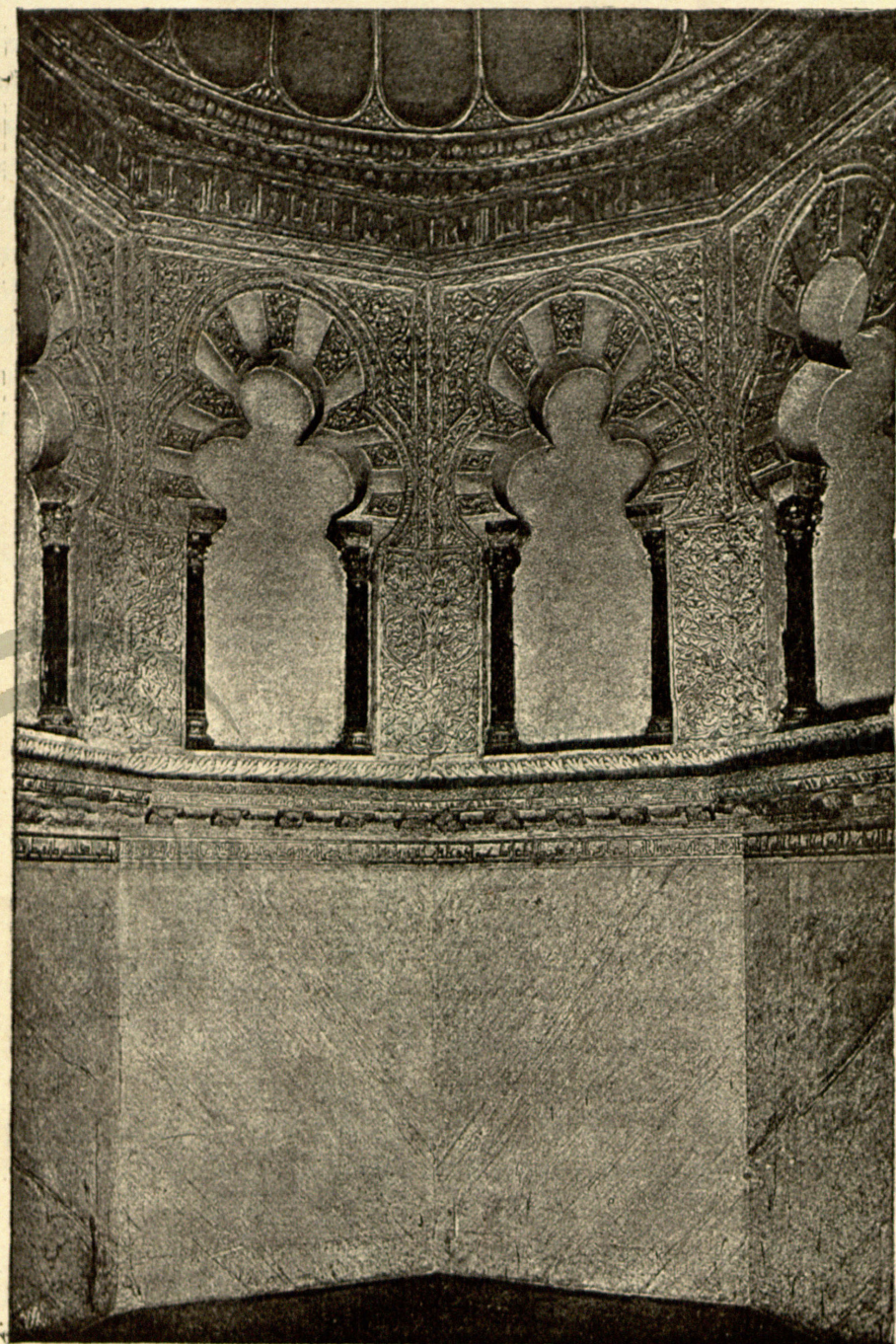
Agrégame á estas razones la circunstancia notabilísima de distinguirse dos épocas distintas en la fábrica de la capilla de Villaviciosa y su sacristía, pues siendo la rica ornamentación de esta última pieza de estilo puramente morisco, la fachada exterior de la que es hoy capilla presenta la misma arquería, el mismo gusto, los mismos ornatos que la fachada del vestíbulo del *Mihrab*, que se hizo en tiempo de Al-hakem: indicio poderoso de que antes de Almanzor existía ese otro recinto frontero á las tres capillas del *Mihrab*.

(1) Esta tercera capilla, frontera á la de occidente del vestíbulo del *Mihrab*, pudo ser demolida después de la reconquista para la obra de la catedral que se hizo provisionalmente, poniendo el altar mayor en la capilla que es ahora de Villaviciosa. Que ella existía es indudable: el inglés Swinburne, cuyo viaje por España es, por algunos datos que suministra, digno de recomendación, coloca en ella el puesto del Cadí.

nombre, eran en tiempo de Al-hakem lo que son ahora: por la decoración del Mihrab que ligeramente te he bosquejado, podrás forjarte á tu gusto ó dejar en tinieblas las bellezas que yo suprimo. De la decoración exterior tan sólo se conserva de aquella época la arquería que hace frente al Mihrab, semejante en un todo á la de la fachada de su vestíbulo, donde, si te place, volverás á representarte una atrevida suerte gimnástica de esclavos indios y saeteros circasianos, ó lo que más te cuadre según los recuerdos que se despierten en tu mente.

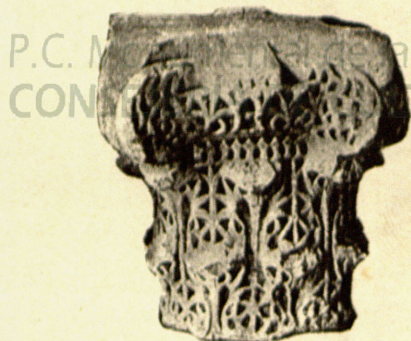
Obras de este género en ninguna parte se construían más que en Córdoba: nunca, cristianos ni musulmes, habían visto creaciones artísticas semejantes; así que, unos y otros contemplaban absortos el Mihrab y sus mosaicos cuajados de cinabrio, lapislázuli y oro, el vestíbulo y sus tres elegantes cúpulas lanzadas gallardamente al espacio, el dombo principal reverberante y deslumbrador suspendido en el aire sobre un sutil anillo de puntas, la nueva maksurah y su soberbia talla, las encintadas arquerías de los dos recintos coronados de cimborios, las puertas de oro, el pavimento de plata (1), la nave de tracería dorada, el mimbar de maderas aromáticas. Todos confesaban que ni en Constantinopla, ni en Damasco, ni en Aquisgrán había maravillas sememejantes... Y sin embargo el poderoso Titán mahometano no se da por satisfecho. Parecele á Al-hakem que las fuentes del patio de las abluciones no corresponden á la grandiosidad de la mezquita, y manda colocar en él cuatro magníficas pilas de una sola pieza, dos para las mujeres á la parte de oriente, y dos mayores para los hombres á occidente; pero quiere que estas pilas mayores asombren por su tamaño y vengán labradas de la misma cantera de la sierra. Empleáronse en esta obra, digna de romanos, mucho tiempo, mucha gente, muchísimo dinero; mas se ejecutó con felicidad, y la muchedum-

(1) Que se suponía haber sido de plata el pavimento de la maksurah, lo dice Al-Makkari, loc. cit.



INTERIOR DEL MIHRAB

bre atónita vió llegar lentamente por un plano inclinado, expresamente construído, hasta el lugar destinado en el atrio de la mezquita, las dos enormes pilas, una tras otra, en fuertes carras de roble hechas al intento, y tiradas cada una por setenta robustos bueyes. Tomóse para los cuatro pilones el agua del acueducto erigido por Abde-r-rahmán II, depositándola en un gran recipiente revestido de mármol: corría día y noche, y lo que sobraba, después de empleada en los menesteres de la mezquita, se distribuía por tres cañerías que iban á surtir otras tantas fuentes públicas en los tres muros de norte, oriente y poniente del edificio.



P.C. M... Alhambra y Generalife  
CON... TURA

## CAPÍTULO VII

Europa al terminar el siglo X.—Decadencia del arte árabe en tiempo de Almanzor; crecimiento de los Estados y del arte cristiano en la Península, y hechos que preludian la caída del Califato cordobés.

P. C. Monumental de la Alhambra y General  
CONSEJERÍA DE CULTURA



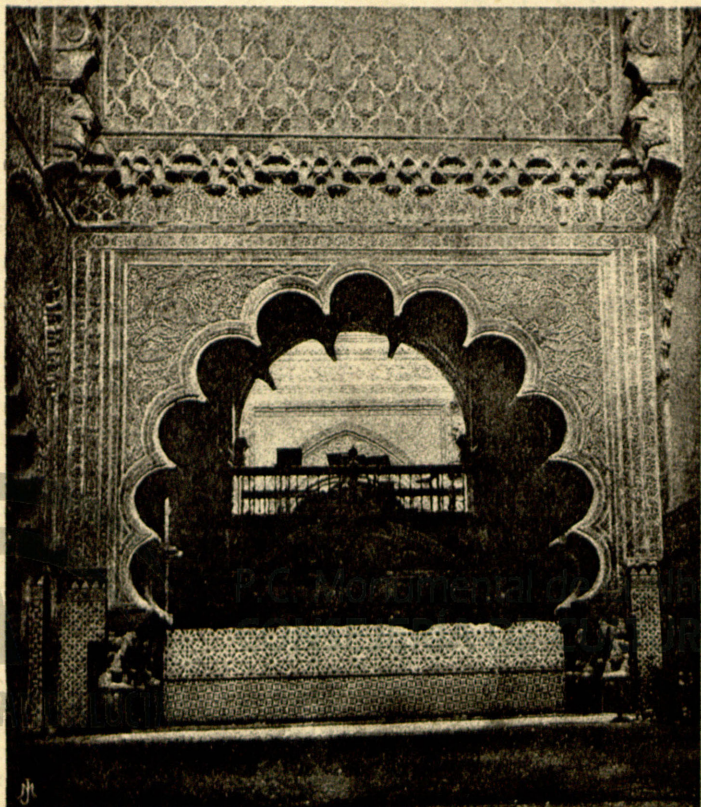
ON estas grandiosas empresas se entretenía el arte musulmán en España cuando espiraba el décimo siglo para la cristiandad y con él el entusiasmo artístico en los reyes y pueblos del Occidente. ¿Y qué mucho? La Europa cristiana se hallaba ceñida como por un anillo de hierro y fuego: por el norte los normandos, por mediodía y oriente los mahometanos, la estrechaban con nueva furia. Los monasterios se trocaban en fortalezas, y al divisar de lejos en el horizonte la polvareda de los escuadrones ó los dragonés de los bárbaros, los pobladores se guarecían dentro de sus muros; cerrábanse las puertas, acudíase á las armas, y todos se aprestaban á la defensa ó á las salidas. Para elegir un abad se echaba mano del personaje más temido de la comarca; por otra parte los magna-

tes ambicionaban los bienes de la iglesia, la mitra y el báculo, y los conseguían en cambio de su protectorado. De aquí desórdenes irremediables, violación de reglas, desprecio de los cánones, olvido de los estudios, depravación del clero, ignorancia universal. Abandono de las ciencias, de las letras, de las artes, de la oración y del recogimiento, que son sus fuentes fecundas, todo se explica perfectamente en el décimo siglo, y bien se comprende que en vista de la presente desorganización concibiese la humanidad temores de ruina general y muerte. Lo único que humanamente no se explica es que el espíritu cristiano, el espíritu de regeneración y vida, resistiese á tantos embates, y que en el momento de hacer lugar aquel caos al primer crepúsculo de luz, aún hubiese santos en la tierra.

Va pues á cerrarse el primer milenario del cristianismo. La cristiandad, semejante á Israel al pié del Horeb y del Sinaí, espera la voz de Dios prosternándose con vagos terrores y estremecimientos. El mahometismo gárrulo y triunfante se arma de nuevo contra la cruz: al sabio y pacífico y sensual Al-Hakem sucede el intrépido, osado y duro Almanzor; y con él nuevas desolaciones para los cristianos de España, nuevas derrotas, nuevas cadenas; y nuevas conquistas, nuevos trofeos para los sectarios del Islam. La monarquía asturiana y leonesa, tan llena de gloria antes, cubierta de oprobio ahora por el forzado reconocimiento de Castilla como condado independiente, y por haber trabado alianza con los infieles para domar á sus vasallos sediciosos, cree llegada su hora postrera: el victorioso Almanzor pasea por ella sus banderas triunfadoras y nunca humilladas, invade las marcas españolas, apodérase de Barcelona, conquista á León forzando sus montañas y obligando al enfermizo Bermudo á refugiarse en Oviedo con sus tesoros y reliquias, entra en Galicia asistido de caudillos cristianos traidores que reciben del pródigo hagib pingües remuneraciones (1), alarga la pujante

(1) Dice Al-Makkari (t. 2, lib. VI, cap. VII) que se le presentaron á Almanzor

mano á Santiago de Compostela, á la famosa Caaba de los bautizados de Occidente, y vuélvese á Córdoba á ocupar con ma-



CAPILLA DE VILLAVICIOSA

jestad el usurpado trono, haciendo que los míseros vencidos acompañen á sus veloces ejércitos llevando en hombros las

al invadir el reino de Galicia muchos condes cristianos armados y equipados para hacer la guerra bajo sus órdenes; y añade que después de la toma de Santiago acompañaron al ejército moro hasta sus tierras, y allí se despidieron del vencedor, recibiendo de él como pago de sus servicios los objetos siguientes: «2285 piezas de tela de seda *tirazi*, de varios colores y tejidos; 21 vestidos de lana marina; 2 trajes de ámbar; 11 de paño escarlata; 15 *magishat* (voz cuyo significado se ignora); 7 caparazones de brocado para sus caballos; 2 vestiduras de lo mismo trabajadas en Grecia; y finalmente, otras 2 forradas de piel de comadreja:» hecho sumamente curioso que hemos creído no deber omitir.

campanas bendecidas del gran templo profanado. Cataluña, León y Galicia, sufren alternativamente el tremendo azote: no hay año en que el Atila del décimo siglo no alcance contra los reyes de la trabajada España una ruidosa victoria. Todos los años, al abrirse en los campos los rojos botones de las primaverales amapolas, tiene también que abrirse á impulso de las lanzas y saetas bereberes la ancha vena de la fecunda sangre cristiana; y hay años en que, sobre la misma nieve, dura el rojo matiz en el campo desde una á otra primavera, si por acaso, al recogerse sus huestes á cuarteles de invierno, se encuentran con bandas enemigas asaz temerarias para cerrarles el paso de los montes (1).

(1) Las incursiones de Almanzor en las tierras de los cristianos se repetían todas las primaveras, regresando á Córdoba para el invierno. Acompañábale á estas periódicas expediciones un numeroso cortejo de poetas y escritores, encargados de inmortalizar sus hazañas. Es posible que estos apologistas pagados hayan exagerado mucho sus hechos de armas: y así es también posible que se haya perpetuado por la pluma de alguno de los cuarenta parásitos que le siguieron á la guerra de Cataluña, y cuyos nombres nos conserva Al-Makkari, la acción siguiente, que tiene en verdad demasiado de épica, y que no recordamos haber leído en ninguno de nuestros historiadores.

Al retirarse de una de sus campañas, en que había cogido un inmenso botín, tenía que pasar Almanzor con su ejército por un angosto desfiladero, entre dos montañas que encontró defendidas por numerosas bandas cristianas. Viendo el africano que no era posible forzar el paso de aquella garganta, volvió con su hueste á la población más inmediata, y después de elegir un buen campamento, mandó á sus gentes construir habitaciones y cuarteles y juntar vitualla para pasar allí el invierno. Hecho esto, dispuso que se proveyesen de arados y otros instrumentos agrícolas para cultivar los campos, haciendo al propio tiempo algarras y correrías por los pueblos aledaños, saqueando, devastando, y llevando prisioneros al campamento á cuantos cristianos cayesen en sus manos. Los que sufrían esta suerte eran inmediatamente decapitados, y sus cadáveres arrojados á la entrada del desfiladero. Tan grande fué el número de cristianos muertos, que á los pocos meses quedó colmada de cadáveres la angostura, siendo tal el horror y la pestilencia que difundían los esqueletos y sangrientos despojos amontonados, que se convirtió aquella tierra en un espantoso desierto de muchas millas á la redonda. Consternados los cristianos, ofrecieron á Almanzor que le dejarían el paso franco si se avenía á abandonarles sus tesoros y sus cautivos; proposición que el africano rechazó indignado. Los cristianos entonces le enviaron segundo mensaje, diciéndole que le dejarían pasar con su botín y sus prisioneros; pero Almanzor les contestó: «Mi ejército no tiene ya gana de pasar esas montañas, y está contento aquí. Si ahora regresase á Córdoba, pronto tendría que volverlas á pasar para la campaña de la próxima primavera; por lo tanto aquí nos quedamos hasta el año venidero, y cuando acabemos la campaña entrante nos retiraremos.» Llenos de



¿Quién creerá, sin embargo, que no es la monarquía cristiana la que sucumbe, sino el Califato cordobés? ¿Quién podrá imaginarse que no va á ser el Catolicismo, sino el Islam, el que salga herido de muerte en los campos de Calatañazor? Este resultado, no obstante, podía preverse: la molicie de la vida oriental iba enervando insensiblemente á los árabes andaluces. No es ese terrible Almanzor, no, la verdadera personificación del Estado cordobés: advertid que no es él el Califa, sino un mero hagib; el Califa es el afeminado é impotente Hixem II. Vedle ahí, y no confundáis al uno con el otro, que son hombres de temple muy diverso. Ese que por única vez en muchos años quizá se presenta hoy á vuestros ojos saliendo de Córdoba á una hora insólita, cabalgando en compañía de algunas mujeres, entre una numerosa escolta de guardianes más que guardias de honor, que so pretexto de dejarle expedito el camino ahuyentan á todos los viandantes y gente curiosa para que no se acerquen á su persona, ese es el Califa reinante, último vástago de los degenerados Umeyas. Observad cómo él y sus mujeres van, para no ser conocidos, encubiertos con amplios albornoces, con los capuchones calados sobre los ojos. La escolta entre la cual va como preso, aunque satisfecho, el menguado, no obedece más voluntad que la del déspota Almanzor; y cuando le haya dejado solazarse unas cuantas horas entre los arrayanes y cipreses de la quinta regia, adonde ahora le conduce, volverá á depositarlo en su alcázar, como se deposita en su joyero una rica insignia de que se ha hecho el uso oportuno en una pública ceremonia. De todos los atributos de la soberanía, no conserva ya ese desdichado más que el de estampar su nombre en la

---

admiración y de terror los cristianos, volvieron á pedirle paz con nuevas instancias, y hasta le propusieron condiciones humillantes para que la admitiera: fueron estas, que ellos mismos habían de facilitarle acémilas para conducir su botín, y provisiones para los días de marcha hasta llegar á su frontera, y que por sus propias manos separarían los cadáveres de sus compañeros que obstruían el paso entre las dos montañas. Así religiosamente lo cumplieron, y Almanzor triunfante se volvió con su ejército á Córdoba (Al-Makkari, loc. cit).

moneda y en la franja de su vestidura. Desentendiéndose del belicoso tráfago que repugna á sus instintos, y desconociendo la índole de la agitación que causan en su Estado los numerosos ejércitos de berberiscos, egipcios, mamelucos, esclavos y renegados, que dirige el usurpador de su autoridad, pasa la indolente é inútil vida en los brazos de sus sultanas y concubinas, encerrado en sus palacios y jardines.

¡Cuán diverso su omnipotente ministro! Ceñido siempre el arnés de guerra, no da punto de reposo á los enemigos del Islam, y mientras el Califa se hunde con la gloria de los Umeyas en su lecho de flores, hace él que sus soldados recojan cuidadosamente, después de cada refriega, el polvo de sus arreos militares, para que á su muerte no le sepúlten en otra tierra que la recogida en sus innumerables victorias. Mas ¡ay, que la sangre africana, aunque enciende la pupila y ennegrece las manos (1), es impotente para regenerar lo que los vicios asiáticos han corrompido! Las victorias de Almanzor sólo significan que el poder pertenece momentáneamente á las razas bereberes, pero que el astro del Islam, antes deslumbrador, se aproxima á un ocaso preñado de tempestades. Sus terribles invasiones y conquistas son los sacudimientos convulsivos de un moribundo que se cree lleno de juventud y vida porque rompió unas miserables ligaduras. Sujétenle como es debido, unan sus esfuerzos renunciando á mezquinos odios esos príncipes cristianos que separados son nada, y cuyos brazos juntos pueden encadenar á ese rabioso gigante, y se verá repetida en la última batalla que éste les presente la lucha de Hércules con Anteo.

También el arte musulmán tiene que espirar sofocado por el arte cristiano, como muere, cuando el granó de mostaza se con-

(1) Almanzor era de raza africana, nacido en Toresh, cerca de Algeciras. Dícese que Al-hakem, que era aficionado á la astrología y á la adivinación, reconoció en Almanzor á su sucesor en el poder por el color moreno de sus manos; con lo cual el inventor de esta anécdota quiso sin duda dar á entender que el último Umeya de talento había presentado, con sólo ver á Almanzor, la extinción de la dinastía asiática y el futuro predominio de las razas africanas en Andalucía.

vierte en árbol robusto, la débil planta que al brotar le daba sombra. Pero antes de que esto se verifique hará nuevos esfuerzos para asegurarse la vida: se transformará, intentará seducir como fantástica decoración, y para perpetuarse al amparo del engaño, fingirá que renuncia á la condición de *monumental* y que sólo aspira, fiel compañero de los refugiados en Granada, á permanecer con ellos sirviéndoles de leve y lujosa tienda real el tiempo que tarden en verse repelidos allende el estrecho.

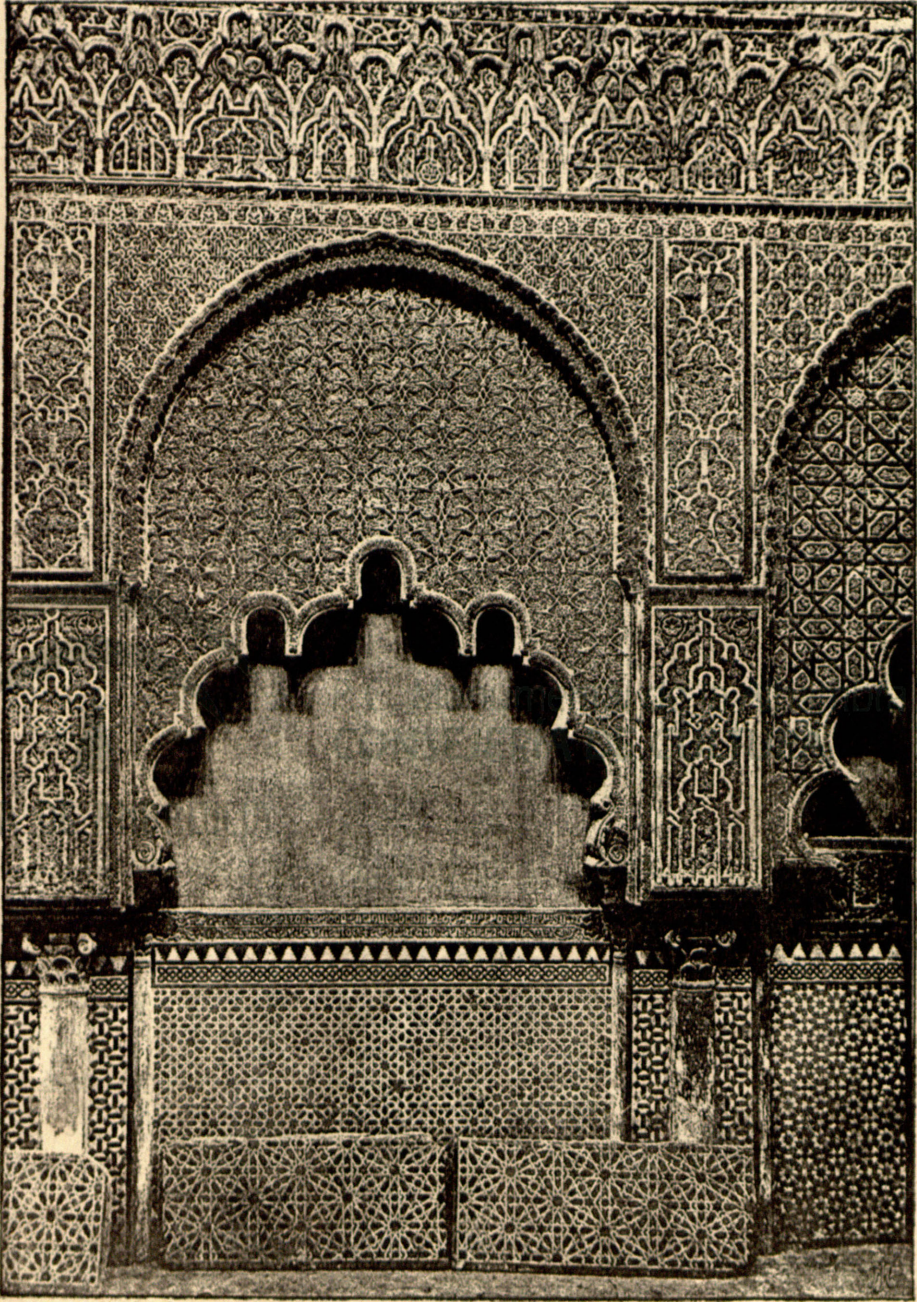
Esfuerzos de un arte que declina, sacudimientos de un Estado moribundo, todo lo personifica Ben Abi Aamir Almanzor, cuyo anhelo es sellar una gloriosa protesta contra la inevitable decadencia del Califato, entre los cristianos con sus triunfos, entre los musulimes con sus grandes construcciones. Sus magníficos palacios y dorados pabellones igualan, si no sobrepujan en riqueza, á los construídos por los sultanes Umeyas. Azzahira se levanta en pocos años en la frondosa ribera del Guadalquivir emulando las portentosas construcciones de Azzahra; agrúpanse en torno las deliciosas quintas de los wazires, katibes, generales y cortesanos; púebanse de torres, granjas y jardines, todos los terrenos hasta ahora no cultivados de la sierra y de la campiña, y la Aljama de la capital, notablemente engrandecida, va á ostentar como trofeos del mahometismo triunfante los despojos de la más rica catedral cristiana clavados en su techumbre. En efecto, las campanas de la arruinada basílica de Santiago penden ya de sus poderosas trabes, mutiladas y mudas, sirviendo de lámparas al culto del Korán después de haber proclamado con sus clamorosas lenguas el culto del santo apóstol: las chapadas puertas del mismo profanado templo yacen tendidas sobre las pintadas vigas de alerce (1); la gran catedral de Compostela, abierta, saqueada, llena de escombros, sólo habla de ruina y desolación á los devotos peregrinos de lejanas tierras; y

(1) Las puertas de la catedral de Santiago se veían todavía clavadas en las vigas de la mezquita en tiempo de Ambrosio de Morales. Véase su *Crónica general*, lib. XVII, cap. 23.

la mezquita de la orgullosa corte musulmana se ostenta ensanchada, enriquecida, pintada, embellecida con mármoles y mosaicos, y esmaltes, y doradas cúpulas, y maksuras, y alfombras y un cuento de luces, y embalsamada con el azahar, el ámbar gris y el aloe, y ceñida con su cinto de torres, y festonada con sus dentadas almenas, y guardada con sus ricas puertas de piedra, estucos, mosaicos y bronces, y finalmente hecha oasis, no de un desierto, sino de un paraíso, con las murmuradoras fuentes y los olorosos naranjos y las esbeltas palmeras de su atrio pensil. ¿Quién no había de temer en España, si no el fin del mundo, por lo menos el fin del cristianismo?

Mientras el rey Bermudo, resuelto á no ver repetida en mengua propia la pérdida que afrenta la memoria de Rodrigo, vence el desaliento, olvida sus achaques, triunfa de vanos terrores, hace el noble sacrificio de sus enojos y resentimientos, y procura reducir los inquietos ánimos del castellano y del navarro á una poderosa liga contra el formidable enemigo de la cristiandad, Almanzor pone en Córdoba el complemento á su gloria terminando las obras de la mezquita. Hacía ya algunos años que la Aljama había recibido el ensanche con que hoy se conserva, y por ser esta la última modificación hecha por los califas en el gran templo sarraceno, referiremos su causa y modo según de los historiadores árabes se colige.

Habiéndose aumentado el vecindario de Córdoba con las cabilas enteras que á ella acudían de la costa de Berbería y otros puntos de África, y creciendo cada vez más en importancia y esplendor la corte de los califas, no bastaban ya los arrabales y las afueras de la capital para contener esta superabundancia de población, ni tampoco la mezquita Aljama era suficientemente espaciosa para que cupiesen en ella los fieles que se agolpaban á la oración los días de juma. Ideó pues Almanzor ensancharla por la parte de oriente, no pudiendo verificarlo por el norte ni por el mediodía, ni tampoco por el lado de poniente por la demasiada proximidad del alcázar, que convenía



DETALLES DE LA CAPILLA DE VILLAVICIOSA

conservar separado de la mezquita; y lo primero que hizo fué ganarse las voluntades de los dueños de las casas y almacenes que había que derribar, ofreciendo indemnizarles con toda liberalidad. Todos accedían, y todos eran amplia y generosamente indemnizados, pues además de pagárseles sus casas en dinero contante, se les construían nuevas viviendas en otros puntos de la capital. Pero entre las personas expropiadas debía entrar también una anciana, que siendo dueña de una casita en que había una hermosa palmera, se negaba rotundamente á cederla por ninguna suma mientras no se le diese otra casa que tuviera asimismo su palma. Mandó Almanzor que se buscara esa casa á toda costa, aunque hubiese que pagarla un millón de dinares; así se hizo, púsose á la exigente vieja en posesión de ella y de su nueva palmera, y vencidas todas las dificultades, empezaron los arquitectos del califa Hixem la obra. Los exigentes suelen ser afortunados: todos los edificios del terreno incorporado á la mezquita vinieron al suelo, y es probable que sólo se conservase en pié la palma de la vieja, porque dice Al-Makkari que este árbol venía á caer en el proyecto dentro del ensanche del patio, donde el afortunado vegetal tenía ya otros compañeros (1).

¡En la nueva edificación trabajaban arrastrando cadenas los infelices cristianos que Almanzor había llevado á Córdoba cautivos, de vuelta de sus periódicas expediciones!

Derribóse el muro de oriente, y se abrieron los cimientos para el nuevo muro á distancia de ciento ochenta piés del antiguo en toda la línea de norte á mediodía. Añadiéronse á la mezquita propiamente dicha, esto es, al cuerpo cubierto del edificio, ocho naves grandes, todas iguales y del mismo número de arcos que las ya existentes, prolongándose de resultas ciento ochenta piés las treinta y tres naves menores que se cruzan en ángulo recto con las principales, corriendo de oriente á oca-

(1) Ebn Adzarí, traducción del Sr. Gayángos; Al-Makkari, t. I, lib. III, cap. 2.

so. Formábanse sin embargo en el nuevo departamento treinta y cinco naves transversales en vez de las treinta y tres del antiguo, porque no se prolongó el ala de habitaciones que caía á oriente del Mihrab y que ocupaba el espacio de dos naves. La prolongación de las naves menores no se hizo con la servil y monótona uniformidad á que solemos esclavizarnos los modernos: los arquitectos árabes no entendían las reglas de la simetría como se profesan hoy, y se satisfacían produciendo la unidad por medio de la variedad sin buscar correspondencia forzosa de partes semejantes (1). En la parte añadida por Almanzor se creyó inútil dar á los machones de carga del muro del norte las mismas dimensiones, un tanto exageradas, que tenían los del muro primitivo reforzado por An-nasir (2), y se

(1) La simetría, que en nuestra humilde opinión debe cifrarse más que en la uniforme repetición de las partes, en la buena proporción de unas con otras y de ellas con el todo, nunca se entendió por los arquitectos de la edad media, orientales y occidentales, del modo servil que lo hicieron los de la clásica antigüedad. La monótona regularidad de los edificios, sus líneas y su ornato, destruye muchas veces el efecto; al paso que cierta irregularidad y amena variedad en las partes les da mayor interés y atractivo. Entre los árabes jamás se sacrificaba la cómoda repartición de un edificio á la simetría de su decoración, y no importaba que esta resultase irregular con tal de que la fábrica llenase plenamente su objeto. Acostumbrados á no echar de menos la uniformidad clásica, introdujeron la misma libertad en el ornato, así que, rara vez se encuentra en una arquería árabe dos capitelés iguales, ni dos arcos del mismo vuelo, ni dos archivoltas exornadas con las mismas ajaracas. La regularidad servil, por otra parte, tampoco fué precepto indeclinable en los buenos tiempos antiguos; la han exagerado los adocenados artistas modernos para suplir la falta de genio inventivo y salir del paso con cómodas imitaciones á regla y compás. El interés y el efecto ganan mucho con cierta juiciosa irregularidad, y merced á ella los grandes monumentos árabes y góticos ofrecen cada vez que se los contempla nuevas bellezas.

(2) Aunque de esta obra de refuerzo ejecutada en tiempo de Abde-r-rahmán An-nasir no hicimos mérito detenidamente al hablar de este Califa y sus construcciones, no será inoportuno expresar aquí lo que sobre este particular resulta de otro fragmento traducido de la historia de Ebn Adzarí que debemos á la amistad del Sr. Gayangos. El testimonio de Ebn Adzarí resulta plenamente comprobado por la inscripción de una lápida de mármol negro que hoy se ve al costado derecho de la Puerta de las Palmas en el patio, y cuya traducción, hecha también por el Sr. Gayangos, dice así: «En el nombre de Dios piadoso, de piedad: mandó el siervo de Alá, Abde-r-rahmán Amir-al-momenin *An-nasir lidini-llah*, alargue Dios su permanencia (en la tierra), edificar esta pared exterior, y afirmar sus cimientos; (y esto lo hizo) en honra de Allah y de su santa religión y para conservación de las señales de su profecía, la cual permitió fuese ensalzada y mencionada junta-

ganaba por consiguiente un espacio de seis piés en la longitud de las naves mayores por el lado del norte. Mas no pudiendo dar á la primera de las menores seis piés más de anchura de la que tenían, por no consentirlo la altura de las columnas, imaginaron sin duda los arquitectos, que en vez de repartir ese pequeño exceso por igual entre los treinta y tres arcos de la tirantez de norte á sur, era preferible para el buen efecto conservar en línea y perfecta correspondencia las tres ó cuatro primeras naves, añadiendo una nave más en el espacio ganado por la diminución del grueso de los machones, y ensanchando las naves sucesivas donde pareciese más conveniente. De resultas de esto, la nave primera transversal de la parte prolongada no pudo por la estrechez suma de sus intercolumnios conservar la plena cimbra de sus arcos; fué preciso aproximar los arranques de estos, y romper su curva para que no bajase de la altura apetecida, y entonces, por la primera vez quizá, se vió en los edificios de la España árabe el arco apuntado, ú arco *ojivo*, llamado después á cambiar totalmente la fisonomía del arte monumental en la Edad Media (1).

mente con su nombre; esperando que (la obra) sea aceptable (á Dios) y alcanzar por ella las grandes mercedes y cuantiosos tesoros (de su munificencia) juntamente con gloria permanente y alto renombre. Y se acabó (la obra) con ayuda de Allah en la luna de Dzi-l-lacha del año 346 (enero ú febrero de 958), por mano de su liberto y guacir... Abdallah ben Batu. Lo hizo Said ben Ayyub.»

(1) Así un mero capricho suele ser origen de las más trascendentales innovaciones, podríamos añadir aquí en tono doctoral. Buena ocasión era esta en efecto para lanzar al estudio de las discusiones arqueológicas una especie nueva sobre el origen de la *ojiva* en el occidente, si quisiéramos seguir el erróneo sistema de los que creen que toda forma arquitectónica ha de tener una procedencia única, como la especie humana á la cual damos los ortodoxos una sola cuna. Cítesenos, diríamos en són de triunfo, una arquería ojival en cualquier otro monumento anterior á la parte añadida por Almanzor en la mezquita de Córdoba, es decir, anterior al undécimo siglo: y si no se nos presenta ninguna, fuerza será reconocer en el expresado monumento el modelo ó prototipo más probable de la arquitectura ojival española.

Por fortuna no razonamos así: creemos, sí, que podrá ser quizá la arquería citada el primer edificio de arcos ojivos hecho en España; más aún, nos figuramos que no se hallarán fácilmente en la arquitectura occidental de la Edad media ejemplos anteriores de este género de construcción (excluyendo el palacio de Ziza cerca de Palermo, que es anterior al noveno siglo); pero sabemos que un acci-



El arco, de este modo rotó en el punto culminante de su curva, adoptó desde luégo en aquella pequeña nave todas las decoraciones de que es susceptible: adaptó á su intrados los lóbulos, prodigados como ligeros festones en las arquerías del *Mihrab*, lo adornó graciosamente con el sencillo trébol, y prolongó por la parte inferior sus dos arranques formando la ojiva tímida, tan repetida después durante el segundo período del arte hispano-musulmán. Allí én efecto, en aquel breve espacio de siete piés escasos de anchura y ciento ochenta y cinco de longitud, apuró la arquitectura de una sola vez, y al primer ensayo, aún no terminado el crítico y terrible milenario primero, todas las formas de arco que habían de emplearse en los cuatro siglos consecutivos: circunstancia puramente casual, y de la cual, sin

dente aislado, como un arco, no constituye sistema, y que el arco ojivo más bien que generador del estilo de arquitectura llamado *gótico*, es meramente uno de sus resultados.

Decimos esto porque ha sido este arco objeto de reñidas contiendas entre muchos anticuarios, que dándole la importancia que por sí solo no tiene, han gastado tiempo y tesoros de erudición queriendo buscar el primer arco apuntado hecho en el mundo, y mostrando el precioso hallazgo, quién en oriente, quién en occidente, éste en Egipto, aquél en Grecia, unos en las orillas del Soma y del Rhin, otros en las del Guadalquivir, otros finalmente en Inglaterra, en Normandía, etc., según su particular simpatía por esta ó aquella tierra. Señalar un arco ojivo como origen de la arquitectura de los siglos medios, prescindiendo de su estructura, del corte de sus dovelas, de su modo de ejercer la presión, de las bóvedas por arista en que realmente se engendra, de los nervios y demas caracteres esenciales del arte ojival, es como desenterrar al pié del monte OETA una flecha y pretender que sea reliquia de la famosa batalla de las Termópilas. El que se deja alucinar por el hallazgo de algunas formas aisladas, vendrá á parar á la absurda consecuencia de que no hay sistema arquitectónico que no se haya practicado en la antigüedad. Porque en efecto, así como los egipcios y los griegos conocieron el arco apuntado, los ninivitas labraron puertas de medio punto, bóvedas de cañón y ojivales, capiteles de volutas, grecas, alizares, almenas endentadas; y los persas sassanidas usaron las bóvedas peraltadas, las cúpulas bizantinas, los arquitos ornamentales largos y angostos, unidos dentro de un recuadro en forma de ajimez, que constituyen uno de los más graciosos caracteres de la decoración bizantina y sarracénica, y hasta el mismo dintel conopial de líneas mixtas, de que tan frecuente empleo hicieron los arquitectos un tanto amanerados de los siglos xv y xvi.

Al extender esta nota hemos tenido á la vista las obras siguientes, que puede consultar el que guste comprobar los hechos que apuntamos: Hope, *Historia de la arquitectura*; Batissier, *Historia del arte monumental*; Caveda, *Ensayo histórico, etc.*; Flandin, Coste, etc., *Viaje de Persia*; Botta, *Monumentos de Khorsabad*; Layard, *Monumentos de la antigua Ninive*.

embargo, no dejarán de sacar partido para sostener la primacía de España en el sistema ojival los que equivocadamente miran estos meros accidentes como generadores de las grandes innovaciones arquitectónicas, y no como su resultado.

No se intentó disimular el ensanche de que vamos hablando; al contrario, parece que se trató deliberadamente de señalarlo de una manera inequívoca, para lo cual, donde estaba el antiguo muro de oriente, ahora línea divisoria entre la undécima y duodécima de las naves mayores, se levantó una fila de robustos machones, convenientemente espaciados, y entre sí unidos por grandes arcos angrelados, arrancando de esbeltas columnas pareadas, unidas al grueso de los referidos machos. Nunca el arte clásico antiguo hubiera fiado tan espaciosos vanos á tan sutiles apoyos, como son esas columnas que de dos en dos envían á las parejas opuestas los gallardos arcos festonados que sirven como de embocadura al edificio de Almanzor. Pero los arquitectos de Abde-r-rahmán I y de Alhakem II habían hecho ya con felicidad igual alarde en la grande arquería de la fachada interior que mira al patio, y en la de refuerzo que divide la mezquita primitiva de su prolongación hacia el mediodía, y no había por qué temer ahora su repetición. Pasa hoy uno con cierto sobrecogimiento por debajo de esos atrevidos arcos de ocho metros de elevación, y seis, siete, y aun ocho de vuelo, al considerar que descansan en columnas de unos tres metros de altura incluso su capitel, y sólo la robustez de los machos, á los cuales se arriman las gráciles parejas, puede inspirarle la confianza de que no vendrán al suelo cansadas de tan sobrenatural esfuerzo.

Para mayor solidez del largo edificio agregado por Almanzor, se prolongó hasta su muro oriental, cruzando en ángulo recto con la mencionada arquería de refuerzo tendida de norte á sur, la línea de pilares y grandes arcos que señalaba el límite meridional de la mezquita primitiva: con lo cual quedó la actual Aljama dividida en cuatro partes desiguales, á que se dió el destino que diremos, completando tal vez la separación entre una y

otra, aunque esto no conste de una manera positiva y sea sólo inducción nuestra, por medio de cancelos ó tabiques de madera. La parte añadida por Al-hakem, en cuyas extremidades se alzaban las dos maksuras nueva y antigua, se denominó *cuarto noble*: estaba reservada, como queda dicho, á la nobleza y personajes de la corte, ocupando los ulemas, alkhatibes, almocríes y demás ministros del templo, con el Imam, el recinto inmediato al Mih-rab. Los tres cuartos restantes eran para el pueblo, y probablemente estaban en ellos divididos los sexos, si es cierto, como asegura un historiador citado por Al-Makkarí, que dentro de las naves había dos puertas que conducían al recinto de las mujeres.

En la prolongación de que vamos hablando no ofrece el arte de la decoración atractivos particulares: las arquerías parecen copiadas de las de la puerta antigua, y la única circunstancia digna de mencionarse es que todos los capiteles de las columnas son aquí iguales y de una forma, digámoslo así, abreviada, que contrasta con la gran variedad y riqueza que presenta este miembro tan característico de la decoración arquitectónica en la mezquita primitiva y en el aditamento de Al-hakem II; donde vemos mezclados, aunque no sin cierta ley y orden en lo que se refiere al mencionado aditamento, capiteles elegantísimos de distintas escuelas. — Una particularidad, puramente arqueológica, presenta la sencilla y uniforme construcción del poderoso hagib, y es que son frecuentes en los cimacios y en los fustes de las columnas los nombres de los artífices que los labraron: Mondzir, Mostauz, Motabarack, Fayr, Masúd, Tasvir, Nassar, Kábir, Amin, Jalem-al-Amery, Hachchí, Tsamil, Bekr, Cásim.

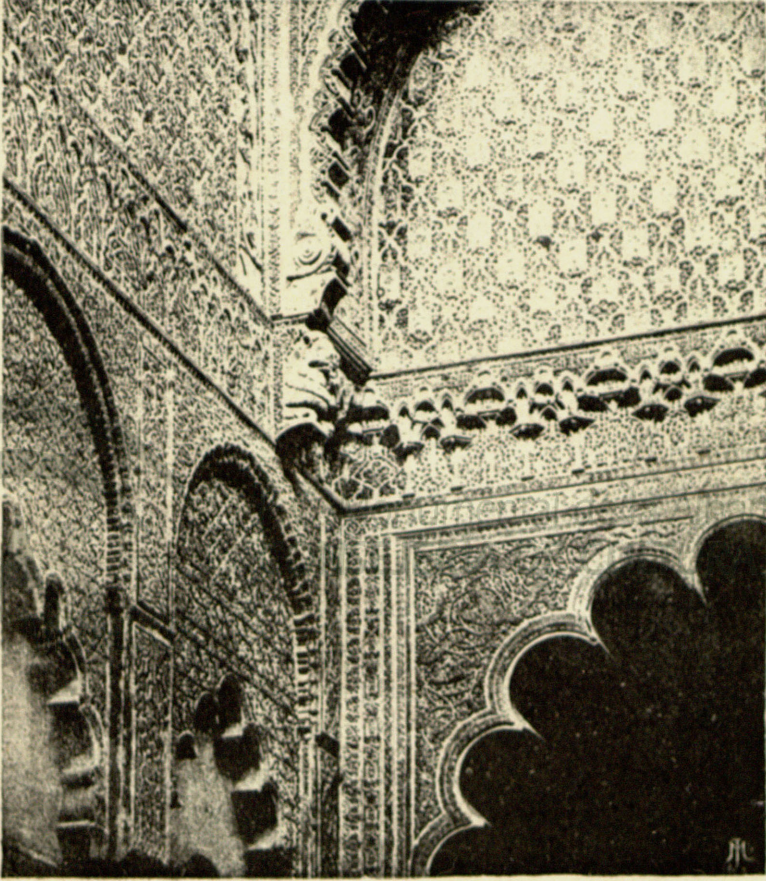
Con la parte añadida por Almanzor formaba la mezquita Al-jama un gran cuadrilátero rectángulo de seiscientos cuarenta y dos piés de longitud de norte á sur, y cuatrocientos setenta y dos de anchura de oriente á poniente (1), encerrado en cuatro grue-

(1) Las dimensiones de la mezquita de Córdoba son diversas en cuantos escritores han hablado de este edificio. Según Morales y otros tiene 620 piés de largo

sos muros almenados, fortalecidos con torres albarranas cuadrangulares, en considerable número, y de distintos cuerpos, disminuyendo según su elevación. El muro del sur, que por el declive del terreno alcanzaba una altura formidable y prodigiosa, internándose sus cimientos hasta una profundidad descomedida, estaba guarnecido con diez y nueve torres, contando las que le flanqueaban en ambos esquinazos, que eran más voluminosas, y comunes á los dos muros de oriente y occidente. El muro de occidente tenía catorce; el del norte tenía cinco, además del majestuoso alminar erigido sobre la puerta principal; por último, el de oriente estaba robustecido con diez torres, todas correspondientes á la parte que sufría el empuje de las naves, pues en el muro del patio no había por aquel lado ninguna. La mayor parte de estas torres se conservan: subsisten también aquellos venerables y anchos muros: y si la casualidad, ó el deseo, te llevan, oh paciente lector, á esa antigua ciudad que fué un tiempo el emporio de la civilización musulmana de occidente, no dejes de subir á lo alto de la gran mezquita: cuando te halles entre aquellas dene-  
 gridas y fuertes almenas, que forman un dilatado festón de puntas, ó más bien dientes de sierra, hollando con tus piés aquellas altivas torres, te imaginarás hallarte recorriendo las terrazas solitarias de los magníficos palacios de los Persas Sassanidas; crearás oír los gritos de guerra del ejército de Khaled y el zumbido de sus voladoras flechas, y ver á la fugitiva dinastía de Cosröes abandonándote el silencioso recinto de sus endentadas construcciones. Entonces comprenderás á la primera impresión, de quié-

y 440 de ancho. Mr. Gailhabaud, y otros autores que le han copiado, le dan 162 metros de longitud (581 piés, 4 pulgadas) y 123 de anchura (441 piés, 5 pulgadas). D. Luís Ramirez de las Casas Deza, en su *Indicador cordobés*, dice haber obtenido en su medición 647  $\frac{1}{2}$  piés de largo y 480  $\frac{1}{2}$  de ancho. Al-Makkari trae, citando á otros historiadores árabes, diversas medidas; pero reconoce que hay entre ellos disparidades por no ser fija la dimensión del *codo*, adoptado por los mismos como unidad. Por último, creemos la menos sujeta á error, y adoptamos, por consiguiente, la medición practicada en 1811 por el ingeniero de minas barón de Karwinski y el de puentes y calzadas D. Joaquín Rillo, según la cual tiene la mezquita 642 piés de longitud y 462 de anchura.

nes aprendieron los árabes vencedores á erigir sus monumentos. Verás también majestuosamente tendidas, ocupando el inmenso cuadrilátero que contornan las sagradas almenas, y en perfecto



DETALLE LATERAL DE LA CAPILLA DE VILLAVICIOSA

paralelismo, las diez y nueve quillas de las naves con que parecía cubierto el gran templo antes de abrumarle con sus actuales bóvedas, y te figurarás que al despedirse los árabes de su amada Córdoba cuando surcaban su río veloces carabelas, dejaron en carena esas diez y nueve naves para volver algún día por ellas.

Las puertas exteriores de la mezquita eran diez y seis: seis al patio ó atrio de las abluciones, dos á oriente, dos á poniente, dos al septentrión; diez al edificio cubierto, de esta manera, tres por occidente al cuarto noble, con otra puerta que daba ingreso á las dependencias de la mezquita; dos, también, por occidente, y cuatro por oriente, al gran buque destinado al pueblo. Las puertas interiores eran veintiuna, sin contar las de las dependencias del templo y la del pasadizo secreto del Califa: diez y nueve en la extensa y majestuosa fachada del patio, y las dos arriba mencionadas que dentro del buque de la mezquita conducían al recinto ó departamento reservado á las mujeres. Todas las puertas exteriores eran por lo general rectangulares, formadas por arcos-dinteles inscritos en otros arcos ornamentales de herradura: sus dovelas, blancas y de color alternadas: las blancas ricamente exornadas de follajes relevados, de estuco; las de color de precioso mosaico de ladrillo rojo y amarillento cortado en menudas piecitas rectilíneas. Ceñía al arco de herradura un ancho y precioso arrabá de cenefas cuajadas de labores, y ostentaban igual riqueza de ornato los tímpanos entre el arco y el dintel, las enjutas, las fajas, y las ventanillas de tablas de alabastro perforado que, ya encerradas en arquiteos sobre marmóreas columnillas, ya partidas en graciosos ajimeces, flanqueaban en uno ó en dos órdenes las referidas puertas (1). En algunas de estas veíanse cornisas voladizas sostenidas en ménsulas formando antepecho con sus almenillas-dentadas y sus matacanes, dando al sagrado edificio aspecto de fortaleza y recordando los belicosos orígenes de la propaganda islamita. — Todas estas puertas exteriores llevan elegantes inscripciones, con invocaciones y sentencias tomadas de las Suras del Korán (2).

Supónese que no contento el altivo hagib de Hixem II, ó más bien su tirano, con haber hecho lo que dejamos referido, fué él

(1) Véase la lámina *Exterior de la mezquita de Córdoba*.

(2) Pueden verse traducidas en la obra, ya varias veces citada, del Sr. Ríos.